

La pobreza: ¿una salida del túnel?

Pierre Salama*

Entre las diferentes definiciones de pobreza, dos merecen ser destacadas. La pobreza puede ser calificada de absoluta o relativa. En el primer caso, se considera pobre aquel o aquella que no disponen de suficientes recursos monetarios para reproducirse. La pobreza es entonces calificada de *absoluta*. Esta forma de medir atañe a los países en desarrollo. En el segundo, es considerado pobre aquel cuyo ingreso monetario se encuentra por debajo del 50% del ingreso medio. La pobreza es entonces calificada de *relativa*. Esta última concierne casi exclusivamente a los países desarrollados.¹

Resulta útil recordar esta distinción. Siendo diferentes las maneras de medir la pobreza, distinguir esto aclara el por qué de la dificultad existente, a la hora de comparar la pobreza del Norte con la del Sur. Aún más, indica la posibilidad de *suprimir* matemáticamente la pobreza cuando ésta es medida en términos absolutos. De hecho, algunos países lo han logrado. En cambio, salvo suponer la posibilidad de que exista una sociedad en la cual todos los ciudadanos reciban la misma remuneración, resulta imposible suprimir la pobreza relativa, dado que la manera de definirla se basa exclusivamente en la distribución del ingreso. Sin embargo esta imposibilidad no impide que pueda ser aliviada de manera substancial.

Desde el inicio de los años noventa, uno de los hechos sobresalientes en “la historia reciente de la pobreza” en América latina, es la dificultad de reducir de manera significativa la magnitud y la profundidad de la pobreza, (véase el apartado

* El autor es economista y profesor en la Universidad de Paris 13, CEPN-CNRS.

1. Para una exposición del conjunto de técnicas que miden la pobreza y su discusión véase Destremau, B. y Salama, P. (2002).

para la definición de esos términos). Según los países, desde el inicio de este milenio, la pobreza disminuye con mayor o menor fuerza, gracias a una tímida política de redistribución. Considerada en su conjunto, y a pesar de esas nuevas políticas, la disminución de la pobreza se mantiene por debajo de lo que se hubiera podido esperar, sobre todo cuando comparamos el mismo fenómeno con lo que sucede en los países asiáticos. Ello no impide que para el 2015, las metas del *Milenio* de reducir la pobreza extrema, puedan ser cumplidas por algunos países, entre los cuales se destaca Brasil. A pesar de esos progresos, la pobreza aún permanece en un nivel elevado, afectando a casi un tercio de la población.

Medidas de la pobreza absoluta

La construcción de una línea de pobreza es simple, en principio. Se establece en base a encuestas la composición de una canasta de bienes de consumo, que permita adquirir un cierto nivel de calorías. Convertida en precios, esta canasta indica el nivel de ingresos de estricta reproducción, que define a la pobreza extrema (indigencia). Para tomar en cuenta las necesidades de alojamiento, transporte, etc., se multiplica por un coeficiente de Engel (así llamado), obteniéndose un ingreso que corresponde al umbral de pobreza. Si el ingreso del individuo o de la familia es inferior a ese umbral, el individuo o la familia es designada como pobre. El indicador obtenido de esa manera, H_0 , mide la magnitud de la pobreza. De la misma forma, se pueden calcular otros dos indicadores que pertenecen ambos a la misma categoría: H_1 mide la *profundidad* de la pobreza, esto es la diferencia entre los niveles de ingresos de los pobres y el ingreso que corresponde a la línea de pobreza. H_2 mide las *desigualdades entre los pobres*. Estos tres indicadores se pueden escribir de la siguiente forma: $H_q = 1/n \sum [(z - y_i)/z]^q \partial$

z corresponde a la línea de pobreza, y_i representa el ingreso de los pobres, n la población y ∂ asume los valores de 0, 1, 2. La suma se hace del uno a q : número de individuos o de familias pobres. Para $\partial = 0$, H_0 mide la amplitud de la pobreza ya que corresponde matemáticamente al número de pobres dentro de la población.

El Banco Mundial define la línea de pobreza de manera diferente. Dicho organismo considera como indigentes (pobreza extrema), a los individuos que reciben menos de un dólar diario calculado en base a una tasa de cambio particular, diferente de la del país considerado; es la llamada Paridad del Poder Adquisitivo (PPA). Los que reciben menos de dos dólares/día (PPA) son pobres. La clasificación de los individuos en pobres y no pobres, así como la evaluación de las tasas de pobreza, carecen de transparencia: algunas evoluciones reflejan más los cambios que intervienen en las técnicas de medición, un aspecto pocas veces precisado, que los cambios debidos a la situación real.² Estos indicadores padecen de varios defectos

2. Sobre este punto, consúltese a Wade, R. (2002). Este último constata que las muestras de los países utilizados para medir el ingreso de los pobres difiere según las encuestas.

que restringen aún más su alcance: se tiende exclusivamente a tomar en cuenta los ingresos monetarios, se pasan por alto los diferentes mecanismos de solidaridad de carácter no mercantiles y se ignora la subjetividad de los individuos, quienes pueden percibirse como pobres cuando no se sienten capacitados para enfrentar sus obligaciones.³ Es por eso que se utiliza un abanico de otros indicadores destinados a captar la 'diversidad' de la pobreza y las formas de sentirla. Éstos últimos completan a los primeros indicadores simples.

La evolución de la pobreza en Asia es netamente distinta. La disminución registrada se ha dado a veces en pocos años y de manera vertiginosa. En algunos países la pobreza casi ha desaparecido, al menos en sus aspectos extremos; y en otros, después de una fase de reducción rápida e importante, se ha podido observar cierta disminución de la misma.⁴

Tanto los niveles y las variaciones de las desigualdades, como la tasa de crecimiento del PIB, constituyen los factores clave para explicar la *evolución* de la pobreza. Representan lo que hoy se designa como triángulo de la pobreza, según la afortunada expresión de F. Bourguignon (2004). Mientras más alto es el nivel de las desigualdades, más probable es que la profundidad de la pobreza sea importante. A la inversa, mientras más elevado es el crecimiento, más aumenta el ingreso de los pobres y menos tiempo tardará en cerrarse la brecha que los separa de la línea de pobreza. Esto es cierto, bajo la condición de que la distribución de los ingresos que acompaña el crecimiento no sea alterada. En efecto, la variación de las desigualdades tiene un impacto sobre el nivel de la pobreza; *ceteris paribus* (es decir dejando constantes los otros factores), una distribución de ingresos que sea me-

-
3. Aquéllas expresan códigos de valores transmitidos de generación en generación, deformados por la inserción a menudo brutal de los individuos en un mundo mercantilizado y más o menos globalizado.
 4. Según los datos del Banco Mundial: la pobreza pasó de 69,9% en China, en 1990, a 28,6% en 2005, y la pobreza extrema (también llamada indigencia) cayó de 31,5% a 8,9% en las mismas fechas. En Corea del Sur, la pobreza al igual que la indigencia no son significativas, siendo ambas inferiores a 0,5%; en Tailandia, entre las mismas fechas, la indigencia pasó de un 12,5% de la población a 1,7% (Banco Mundial, 2006, p. 49). En China, después de haberse registrado una reducción pronunciada de su nivel en pocos años, la baja de la pobreza se redujo fuertemente con un importante aumento de las desigualdades. Según el mismo estudio del Banco Mundial, el índice de Theil (indicador que mide las desigualdades) aumentó de 21,1% en 1990 a 35,8% en 2002 en China, mientras que se mantuvo en un nivel bajo en Corea del Sur (17% y 17,5% para las mismas fechas). En China las desigualdades de ingresos han aumentado tanto en la ciudad como en el campo, al igual que entre el campo y la ciudad. En efecto: 8,9 de los 21,1 puntos en 1990 provienen de las desigualdades entre ciudad y campo y 4,1 en el seno de las ciudades. En 2002, de los 35,8%, 14,8 puntos provienen de las desigualdades entre el campo y la ciudad (12,6 y 8, para el campo y las ciudades respectivamente) (Banco Mundial, 2006, pp. 227-228; para mayores precisiones véase Chaudhuri, S. y Ravallion, M. 2007; Jomo, K., 2006, y Edwards, P. 2006).

nos desigual en su progresión, constituye un factor positivo y permite disminuir la pobreza, mientras que a la inversa, un alza de las desigualdades, constituye un factor negativo.

Los regímenes de crecimiento influyen sobre el nivel de pobreza. Según y como favorezcan al desarrollo de productos de tecnología media y alta -proceso que conlleva efectos directos sobre la pobreza y sus formas- algunos regímenes de crecimiento son, tanto en materia de tasa de crecimiento como de inserción en la economía mundial, más competitivos que otros. El tipo de inserción se traduce en una relación diferente entre el trabajo no calificado y el trabajo calificado y por lo tanto en una distribución de ingresos diferente. Dado que la pobreza no se confunde con la ausencia de trabajo o con el hecho de trabajar en el sector informal (aunque puedan existir lazos entre la pobreza y las actividades informales) y que por consiguiente tanto el trabajo formal como el informal son compatibles con la pobreza, el efecto que tiene sobre el nivel de pobreza la evolución de los tipos de empleos se expresa mediante la variación de la distribución de ingresos y mediante la importancia del crecimiento económico. La frustración en materia de crecimiento económico, resultado del régimen de crecimiento latinoamericano desde los años noventa, explica en ese sentido las dificultades en rebajar substancialmente el nivel de pobreza.

El “triángulo de la pobreza”: los factores en juego

A. El nivel elevado de las desigualdades incrementa las dificultades de reducir la pobreza

En comparación con otros países, el nivel de desigualdades en América latina es muy elevado: el coeficiente de Gini⁵ es de 0,639 en Brasil, 0,59 en Argentina, 0,52 en México, 0,55 en Chile, 0,58 en Colombia (CEPAL, 2004). El mismo indicador se sitúa en 0,36 en Estados Unidos y, según la OCDE, al finalizar los noventa, se situa

5. El coeficiente de Gini es un indicador de medición global de las desigualdades que relaciona los porcentajes de la población y de ingreso distribuido. Población e ingresos, ambos en porcentajes, forman los dos lados de un cuadro. Si por ejemplo, el 5% de la población percibe el 5% del ingreso, 10% percibe el 10%, etc., obtenemos una distribución de ingresos absolutamente igual. Eso corresponde gráficamente a la diagonal del cuadro. La distribución de los ingresos es en realidad más o menos desigual según los países: el 10% de la población cobra, por ejemplo, 5% de los ingresos, 20% cobra el 9%, etc. Obtenemos una curva que refleja esa distribución de los ingresos, la curva de Lorentz. La superficie existente entre esta línea y la diagonal, considerada en relación a la mitad de la superficie del cuadro, constituye un índice de desigualdades, llamado *de Gini*. Cuanto la curva de Lorentz se aproxima más a la diagonal, la superficie existente entre esa curva y la diagonal es más angosta y el coeficiente de Gini es menor, y viceversa. Comprendemos así que la superficie ocupada entre esa curva y la diagonal, puede ser el producto de curvas de Lorentz que difieren desde el punto de vista de

ba en 0,27 en Francia. Sin embargo, el nivel de desigualdades en América latina tiende a bajar durante la década del 2000,⁶ salvo en Argentina, donde llegó a alcanzar un nivel extremadamente alto a raíz de la crisis que puso fin al Plan de Convertibilidad, para volver a caer posteriormente. Cuando comparamos el ingreso promedio obtenido por el 10% más rico de la población con el 10% más pobre para el año 2000 el resultado es de 58,1 mientras que solamente alcanza el 15,9 para el conjunto de países conformado por Malasia, Filipinas y Tailandia (Palma G, 2006). Se puede refinar el estudio de las desigualdades utilizando dos coeficientes de Gini: en el primero se considera al 100% de la población, mientras que en el segundo sólo se toma en cuenta al 90% de la misma, quedando eliminado el 10% más rico. La brecha entre los dos coeficientes, es de particular importancia para América latina. El coeficiente de Gini, calculado para el 100%, supera en más de 40% al mismo calculado para el 90% de la población en México y Argentina, en un 42% en Brasil, 45% en Colombia y, por último, 53% en Chile, mientras que en el caso de Estados Unidos, el primer coeficiente supera al segundo 'solamente' en un 9%.

Si consideramos un determinado ingreso promedio *per capita*, la probabilidad de que la profundidad de la pobreza sea alta crece con la importancia del nivel de las desigualdades. Por lo tanto, si tomamos una tasa de crecimiento constante y una distribución de ingresos inalterada, se vuelve difícil disminuir el nivel de pobreza.⁷ La elasticidad de la pobreza con respecto al crecimiento, es nula.

sus combaduras. Ello indica que un mismo grado de desigualdad, puede significar situaciones diferentes y de ahí la necesidad de recurrir a otros indicadores más precisos. En todo caso, en cuanto el coeficiente se acerca más a 0 la desigualdad es menor, mientras cuanto más se acerca a 1 la desigualdad es mayor.

6. La diferencia que aparece frecuentemente entre las cifras dadas, según las fuentes, yace en la dificultad para aprehender los ingresos financieros del 5%, e incluso del 1% más rico, pero también a veces porque no se indica si se trata del conjunto de los ingresos, o de los que provienen exclusivamente del trabajo, o si se trata de ingresos calculados antes o después de las transferencias efectivamente realizadas. Cuando consideramos el conjunto de los ingresos después de las transferencias, incluyendo los ingresos financieros (aún subestimados) según las fuentes del PNAD en Brasil, el coeficiente de Gini pasó de 0,5957 en 2001 a 0,5620 (Neri, 2007). A pesar de haberse registrado una baja importante, este coeficiente sigue siendo uno de los más elevados del mundo.
7. Esto explica que en Argentina, a pesar del fuerte crecimiento económico, sea tan difícil reducir el nivel de pobreza de manera significativa. La pobreza retrocede pero levemente: la elasticidad de la pobreza con respecto al crecimiento era de -0.3% para el periodo 2002-2007 (por cada punto suplementario de crecimiento, la pobreza disminuye solamente de 0,3%) (Lozano *et al*, 2007).

Los efectos positivos del crecimiento sobre la pobreza

Cuando las desigualdades permanecen estables (crecimiento neutro desde el punto de vista de sus efectos distributivos), el impacto del crecimiento sobre la pobreza es más o menos favorable en cuanto a su tasa y en cuanto al nivel de las desigualdades. Mientras más elevada sea la tasa de crecimiento, mayor será la disminución de la pobreza. Esa reducción sería aún más fuerte con un bajo nivel de desigualdades.

Ilustraremos nuestra propuesta mediante diferentes simulaciones. En un artículo revelador, a pesar de no ser reciente (1989), N. Lustig calculaba cuántos años eran precisos, en el caso de México, para colmar la brecha existente entre, por un lado, el salario mínimo de 1977 (de un nivel cercano a la línea de pobreza) y el nivel de ingresos obtenido por el 10% más pobre, el 10% siguiente y así sucesivamente... El estudio se basa en dos hipótesis: el crecimiento es neutro desde el punto de vista de la distribución de los ingresos y su tasa se mantiene estable en un 3% anual. Bajo esas hipótesis duras, la población del primer decil (los más pobres de los pobres) debería esperar 64 años para que su ingreso alcance el umbral de pobreza, mientras que los del segundo decil, sólo tendrían que hacerlo durante 35 años y los del decil siguiente, 21 años. Por otro lado, Paes de Barros, R. y otros autores, han realizado dos simulaciones tomando como objeto el caso de Brasil en 1997 y en 2000. Bajo la hipótesis de una distribución del ingreso estable (tomando como referencia el año 1993), el objetivo consistía en calcular el número de años de crecimiento continuo y regular necesario para que baje la pobreza. Los autores obtienen los siguientes resultados: si 10 años de crecimiento a una tasa de 3% anual permiten una reducción de ocho puntos, ésta se reduce solamente a 2 puntos con un crecimiento de 2%. Muestran que para reducir la pobreza de 12,5% en Brasil, sería necesario un crecimiento de 4% anual durante 10 años, siempre bajo la condición de que el perfil de desigualdades no se modifique. Retomando el ejemplo de México, F. Bourguignon (2004), señala a partir de las mismas hipótesis (crecimiento de 3% anual, regular, neutralidad distributiva), que la pobreza podría verse reducida siete puntos en diez años.

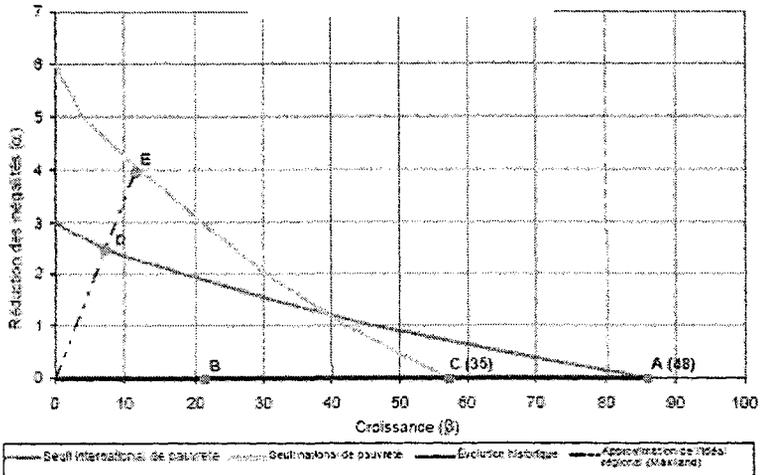
Los análisis de esa índole tuvieron un gran éxito en el marco de las *Metas del Milenio*. Para cada país, los economistas del *Milenio* han cruzado la reducción de las desigualdades y el crecimiento. En base a ello imaginaron escenarios posibles para alcanzar una reducción del 50% de la pobreza extrema entre 1990 y 2015. Las dos curvas representan el nivel "deseado" de pobreza extrema en 2015, o sea la mitad del nivel vigente en 1990, calculado según las encuestas nacionales o según el Banco Mundial. La meta podría alcanzarse, mediante una infinidad de combinaciones de crecimiento y de reducción de las desigualdades. Siguiendo ese principio los expertos del *Milenio* (CEPAL, IPEA, PNUD, 2003) construyen dos curvas de *isopobreza* para cada país, combinando la tasa de crecimiento y la variación de

las desigualdades posibles para alcanzar el objetivo del *Milenio* (véase el gráfico más abajo en el caso de Brasil).

GRÁFICO 1

Graphique 6

courbe d'isopauvreté pour le Brésil



Curva de *isopobreza* para Brasil, que relaciona la *reducción de las desigualdades*; con el *crecimiento*. Las líneas representadas y en leyenda indican respectivamente el *umbral internacional de la pobreza*, el *umbral nacional de la pobreza*, la *evolución histórica* y la *aproximación del ideal regional*.

Fuente: CEPAL, IPEA, PNUD (2003).

Estos estudios buscan poner de relieve las condiciones necesarias para que el nivel de pobreza extrema de 1990 disminuya a la mitad de aquí al 2015. Suponiendo que las desigualdades no cambien, sería necesario, según los cálculos realizados por los expertos, obtener de esa forma un crecimiento acumulado de 207% para Bolivia, de 104% para Colombia, de 86% para Brasil cuando la pobreza extrema es medida según los criterios del Banco Mundial, o sea un dólar (a la tasa de PPA) por día (véase gráfico). La disminución de las desigualdades permitiría alcanzar ese objetivo con una tasa más débil. Si proyectamos las tasas de crecimiento y las variaciones de las desigualdades observadas entre 1990 y 2002, observamos que México necesitaría 27 años para alcanzar el objetivo, 102 Nicaragua, y 240 años Honduras (Ros, J., 2004). En el 2003 según la CEPAL (2005, p.20) un solo país latinoamericano ya había alcanzado el objetivo y cinco deberían de lograrlo respetan-

do los plazos fijados. Los otros países de América latina no deberían poder lograrlo en caso de que mantengan una tasa de crecimiento y una variación de las desigualdades similar a las obtenidas entre 1990 y 2002.

Brasil alcanzó el objetivo antes del plazo asignado: la pobreza bajó 58,54% entre 1992 y 2006. Esta baja ha sido irregular: importante después del fin de la hiperinflación (-33,76% entre 1992 y 1995), fue interrumpida de 1995 a 2001 y desde entonces es relativamente pronunciada. Para el conjunto del período (1992-2006), se acerca al 60% (Neri *et al.*, p.36, 2007). Esto es el resultado combinado de una política de transferencias sociales, de un aumento sensible del salario mínimo y por último, de un aumento de los ingresos de los trabajadores no calificados, siendo éste último superior al incremento de los ingresos de los trabajadores calificados (tal como lo muestra Rocha, 2007).

Sabemos que con un 2% de crecimiento se necesitan 35 años para duplicar el valor del PIB, pero que con 10% de crecimiento el PIB es multiplicado por 32 en el mismo lapso. Con una tasa de crecimiento de 2%, la movilidad social es leve y la probabilidad para que un niño que haya nacido en la pobreza ya no viva en esas condiciones al alcanzar la edad adulta, no es elevada. En cambio, con una tasa de crecimiento de 10%, la movilidad social es mucho más elevada y la misma probabilidad es fuerte, salvo si las desigualdades aumentan de manera considerable como actualmente es el caso de China.

Desde los años noventa, el crecimiento económico ha sido modesto en América latina. Con un promedio situado alrededor del 2%,⁸ ha sido más irregular que en Asia. Zettelmeyer, J. (2006), muestra que los períodos en los cuales el crecimiento *per capita* sobrepasa el 2% anual, han sido más importantes y sobre todo más largos en Asia que en América latina desde 1950. Sus trabajos registran a partir de ese año diez períodos de crecimiento superior a 2% *per capita* en América latina, frente a once en Asia, con una duración promedio en el primer caso de 13,9 meses, mientras alcanza 26,1 meses en el segundo. Para finalizar, en el 30% de los casos, esas fases de auge sobrepasan los quince años en América latina, frente al 73% en Asia.⁹

Si el crecimiento fuese regular y neutro desde el punto de vista de la distribución de ingresos, la pobreza hubiese seguido, de igual manera, una tendencia regu-

8. Para un análisis comparado de las causas de este débil crecimiento y de su volatilidad comparada con los países asiáticos, véase el primer capítulo de Salama, P., *Le défis des inégalités* (2006).

9. El contraste se vuelve aún más agudo desde los años ochenta, ya que América latina entró en una larga fase de depresión con hiperinflación y alta volatilidad que dura aproximadamente una década. A esta fase le sigue otra que, desde el inicio de los años noventa, acusa una recuperación económica caracterizada por una débil tasa de crecimiento promedio y una volatilidad menos pronunciada con respecto al período precedente. El crecimiento en Asia en los años noventa es, considerado en su conjunto, hasta la fecha, fuerte y poco volátil (una sola crisis a finales de los años noventa).

larmente descendente. Éste no es el caso en América latina. Las curvas del PIB y de la pobreza no son paralelas. Los pobres, porque están menos protegidos, se hallan más expuestos a la volatilidad del PIB que otras categorías de la población mejor protegidas. De esta manera, el porcentaje de pobres crece con mayor fuerza, que la reducción del crecimiento al producirse el estallido de la crisis. El ciclo de pobreza es por lo tanto más marcado que el ciclo del PIB, sobre todo en su fase descendente. (Lautier, B.; Marques Pereira, J. y Salama, P., 2004). Las dos tendencias, tanto la del crecimiento como la de la pobreza, no siendo paralelas, acusan una relación muy estrecha entre el ciclo de crecimiento y la modificación en la distribución de los ingresos (las desigualdades aumentan cuando sobreviene la crisis). La volatilidad del crecimiento, al traducirse en modificaciones en la distribución de ingresos a costa de los más pobres, frena, para una tasa de crecimiento dada, la reducción de la pobreza. Cuanto mayor es la volatilidad del crecimiento económico, menos importantes son los efectos de una tasa de crecimiento dada en materia de reducción de la pobreza.

B. Las razones de la vulnerabilidad acrecentada de los pobres, frente a los ciclos de crecimiento.

Cuando baja el ritmo del crecimiento, los pobres se ven afectados de forma más que proporcional por esa baja, mientras que cuando el ritmo de crecimiento vuelve a despegar, el nivel de pobreza se mantiene estable, si es que no empeora, durante un período más o menos largo, dependiendo de los efectos de redistribución acarreados. Las razones generalmente evocadas para explicar esas evoluciones son muy conocidas: la crisis es el momento en el cual los sectores pocos competitivos son reestructurados, algunas empresas resultan eliminadas o reconvertidas, las condiciones de trabajo vigentes son cuestionadas. La salida de la crisis -procesos diferentes, simples recuperaciones "mecánicas" mediante una renovación de las existencias- expresa la concreción de mejores condiciones de valorización del capital, gracias a la introducción de nuevos equipos más competitivos. A esto hay que añadir otros elementos de primera importancia, al menos en un primer tiempo, que tienen que ver con la introducción de nuevas formas de organización del trabajo, con una baja del empleo y con una "moderación" salarial. El ciclo de la producción arranca de nuevo y las ganancias aumentan, comienza un proceso acumulativo -que al fin al cabo alimenta la combatividad y movilización de los trabajadores y el reajuste de los salarios. Dentro de este marco los desfases entre las evoluciones de la producción y de los salarios tienen una explicación en la no-correspondencia de los ciclos del PIB y de las movilizaciones. Lo mismo sucede con los desfases entre los ciclos del PIB y de la pobreza por una razón simple: ésta no proviene únicamente del desempleo, sino también del empleo que se lleva a cabo en condiciones de remuneraciones deterioradas. Este fenómeno llamado de *histéresis* se explica esencialmente por la aceleración de las desigualdades cuan-

do estalla la crisis. Un fenómeno cuyos efectos negativos son mucho más fuertes que los que se pueden registrar en los países desarrollados (debido a la débil protección social de la mayor parte de la población). Los servicios públicos, entre los cuales la escuela y la salud, sufren particularmente de la reducciones de los gastos públicos decididos para alcanzar el equilibrio presupuestario. La duración promedio de la escolaridad baja, (los niños pobres asisten a la escuela con menor asiduidad). Por culpa de la crisis, se vuelve preciso buscar actividades de supervivencia a corto plazo, la duración del período escolar baja, la protección sanitaria se reduce y, por último, disminuyen las capacidades de salir de la pobreza, de forma a veces irreversible, una vez que se reanuda la actividad económica.

Los efectos negativos del ciclo sobre la pobreza, son frecuentemente acentuados por las políticas económicas restrictivas decididas por razones de credibilidad en los mercados financieros internacionales. Apoyándonos en un estudio llevado a cabo por Hicks y Wodon (2001) en siete países (Argentina, Chile, Bolivia, Costa Rica, México, Panamá y República Dominicana), podemos observar una elasticidad de los gastos sociales en relación al PIB superior a la unidad durante las fases de crecimiento y, a la inversa, una elasticidad inferior a uno durante las fases de recesión. Los autores subrayan que cuando el crecimiento del PIB cae un punto, los gastos afectados a los pobres bajan dos. Los autores estiman que a esa baja le corresponde la mitad por la disminución del PIB y la mitad por el aumento del número de pobres provocado por la crisis. En vez de ofrecer virtudes anticíclicas, la política social se vuelve más bien pro cíclica y de esa forma acentúa los efectos negativos de la volatilidad sobre las poblaciones de menores ingresos.

C. Los efectos de la variación de las desigualdades

El crecimiento no es neutro desde el punto de vista distributivo. Según los regímenes de crecimiento, acrecienta o disminuye las desigualdades. Cuando la demanda de trabajo no calificado sobrepasa la demanda de trabaja calificado, la probabilidad de que sobrevenga un estrechamiento de las desigualdades es fuerte, mientras que se vuelve inferior cuando la relación entre los dos tipos de demanda resulta inversa. La sustitución de importaciones de bienes livianos produjo la (así llamada) concentración horizontal de los ingresos (i.e. la distancia entre los ingresos del trabajo es leve) mientras que la sustitución de las importaciones de bienes más sofisticados, conllevó una concentración vertical (i.e. aumento de la distancia entre los ingresos del trabajo). Designar un régimen de crecimiento no se limita únicamente a especificar las actividades industriales: cuando la parte del sector financiero crece en importancia, los ingresos provenientes de este último sector se vuelven considerables, lo que provoca a su vez una modificación de la distribución de los ingresos. Por fin, y según los casos, el crecimiento puede estar mal o poco acompañado de políticas de redistribución capaces de modificar la distribución de

los ingresos en un sentido u otro, siendo que ello acarrea efectos en retorno sobre la forma del crecimiento económico. Hoy en día, el régimen de crecimiento dominante comprende, por un lado, una parte fuerte de actividades financieras y, por otro, es acompañado por el auge de una política de asistencia. Esas dos características conllevan efectos sobre la distribución de ingresos.

Así como lo pudimos observar, el crecimiento económico no tiene un carácter regular y, además, la evolución de la pobreza tampoco está en sintonía con la curva del PIB. Los economistas distinguen diferentes fases: el crecimiento es *pro-poor* (esto es muy favorable a los pobres) cuando la baja del índice de pobreza acontece a una tasa de crecimiento superior a la del PIB; el crecimiento es de tipo *trickle down* (esto es moderadamente favorable a los pobres) cuando el índice de pobreza baja a una tasa inferior a la evolución del PIB; y por último el crecimiento es de tipo empobrecedor, cuando, siendo positivo o generalmente negativo, provoca un aumento del índice de pobreza.¹⁰ Podemos profundizar este análisis tomando en cuenta otros índices de pobreza capaces de medir la profundidad de la misma, así como las desigualdades dentro de los pobres.

Con el propósito de medir los efectos del crecimiento, mediante las variaciones de las desigualdades sobre la pobreza, Kakwani y otros autores (2004) construyen un indicador muy interesante. A una tasa de crecimiento anual del PIB corresponde una tasa de crecimiento (negativa o positiva) del índice de pobreza. La relación crecimiento-pobreza difiere de un año a otro porque el crecimiento actúa sobre las desigualdades de manera irregular. La idea es, partiendo de una tasa de crecimiento observada cada año, calcular el nivel al cual debería situarse esta tasa para que ocurra un crecimiento del índice de pobreza similar al crecimiento económico observado. La tasa de crecimiento hipotética o PEGR (acrónimo de *poverty equivalent growth rate*) así obtenida, corresponde al crecimiento económico neutro desde el punto de vista de sus aspectos distributivos. De lo anterior se deduce que si la tasa calculada sobrepasa la tasa efectivamente observada, el crecimiento es de tipo *pro-poor*, ya que conlleva una disminución de las desigualdades y, por lo tanto, permite una fuerte reducción del índice de pobreza. Si la tasa calculada es inferior a la tasa observada, aunque superior a cero, el crecimiento es de tipo *trickle down*, lo que significa que el índice de pobreza baja levemente cuando las desigualdades aumentan. Por último, si esa tasa es negativa e inferior a la tasa observada, nos enfrentamos a un crecimiento de tipo empobrecedor.

10. Las elasticidades del índice de pobreza en relación al PIB son superiores a 1, comprendidas entre 0 y 1, e inferiores a 1. Véase Kakwani *et al* (2004). Hemos optado por las definiciones de este autor prefiriéndolas a las más laxas del Banco Mundial. Este organismo considera que el crecimiento es de tipo *pro-poor* a partir del momento que el índice de pobreza disminuye sea cual sea su tasa. En este último caso basta que la elasticidad sea superior a 0.

El ejemplo coreano representa una ilustración interesante de lo anterior. Considerado en su conjunto, el crecimiento entre 1990 y 1996 fue de tipo *pro-poor*: los índices de pobreza bajaron más rápidamente que el aumento el PIB. Según este autor,¹¹ las desigualdades disminuyeron en el conjunto de la población (el coeficiente de Gini situado en un 29% en 1990 bajo a un 27%) lo mismo sucedió dentro de los pobres así como disminuyó la profundidad de la pobreza. Con la crisis de 1997-1998 la situación cambió radicalmente: estamos ahora en presencia de una fase de tipo *empobrecedora*, el índice de pobreza baja a una tasa superior a la del PIB, la profundidad de la pobreza crece aún más rápidamente y las desigualdades dentro de los pobres crecen de manera exponencial. En el período posterior, la baja del índice de pobreza es ligeramente inferior a la tasa de crecimiento del PIB. Desde este último punto de vista, el crecimiento es de tipo *trickle down*, aunque por otra parte siga siendo de tipo *pro poor*, si nos referimos a los otros dos indicadores (como resultado de la política social implementada).

Esto no es lo que observamos en América latina. Utilizando la misma metodología, Núñez y otros autores (2005) han analizado a *Colombia*. De este estudio se desprende que el efecto debido a las desigualdades es mucho más importante. Observamos efectivamente que la curva del crecimiento registrada se sitúa siempre por encima del PEGR y que ésta última es frecuentemente negativa. El índice de pobreza se mantiene a un nivel elevado. Tomando en cuenta las variables que condicionan a éste último, el efecto debido al aumento de las desigualdades sobrepasa con frecuencia el efecto debido al crecimiento. Esto es constatable sobre todo para el período que transcurre entre 1997 y mediados de 1998 y aún más desde el 2000 hasta mediados del 2002. Resulta por lo tanto lógico que el índice de pobreza no haya bajado durante el conjunto del periodo: de 51% en 1996 sube a un poco más de 53% en 2004 después de haber caído cuatro puntos entre 2002 y 2003 gracias a un crecimiento fuerte de tipo *pro poor*. Si el crecimiento hubiese sido neutro, el índice de pobreza habría registrado una baja y de un 51% en 1996 hubiera bajado a un 37% en el 2004. Esas constataciones ponen de relieve, desde el punto de vista de las consecuencias, el impacto que tuvieron las fases de crecimiento empobrecedor durante el conjunto del periodo.

Un régimen de crecimiento poco competitivo

Si en la mayoría de los países el índice de pobreza mantiene una tendencia descendente, este sigue situado a un nivel muy elevado. Recordemos que tanto el alto nivel de las desigualdades (factor negativo), como la baja de las mismas en algunos países (factor ligeramente positivo) al igual que una tasa de crecimiento modesta en el largo periodo (factor ligeramente positivo) son los principales factores. Sin embargo circunscribir el análisis al triángulo de pobreza es insuficiente:

11. Las cifras son ligeramente diferentes de las mismas calculadas por ADB, op. cit.

hay que especificar el crecimiento y las desigualdades que acarrea. El objeto de esta parte consiste en analizar la relación existente entre el régimen de crecimiento en la última década con la evolución de la pobreza. Mostraremos, por un lado, por qué este régimen de crecimiento favorece una baja de la pobreza en América latina desde el inicio del milenio. Se trata de un rasgo positivo. Y por otro, a la inversa, que este crecimiento se traduce en una inserción problemática en la división internacional del trabajo. Esta inserción difiere de la que podemos observar para los países asiáticos. Puede impedir una baja importante del índice de pobreza. Se trata por lo tanto de un rasgo negativo. En cambio, a pesar de la importancia de la dimensión financiera sobre la pobreza en el régimen de crecimiento actual, en el presente trabajo nos limitaremos sólo a evocar este punto, no a analizarlo con detenimiento.¹²

A. La pobreza ligada al no empleo y al empleo

La pobreza es a menudo asociada a la ausencia de empleo y/o a empleos del sector informal. El auge de las actividades informales acompaña la migración del campo a la ciudad y aparece ligado a la incapacidad del sector formal en ofrecer empleos suficientes a los recién llegados. Para sobrevivir, éstos últimos buscan empleos informales y viven en rancheríos urbanos. Las migraciones, el auge de ese tipo de empleos y de la pobreza están atados. Sin embargo, no se puede reducir la pobreza a esta única dimensión. La realidad es más compleja. La pobreza está doblemente ligada al no empleo y al empleo (formal o informal). La tasa de actividad de los pobres es baja -más baja que la de los *no pobres*- y su tasa de desempleo es más elevada. Esto parece paradójico. Ilustrémoslo con el caso de Brasil.

Según los trabajos de Sonia Rocha (p.10, 2007), quien toma en cuenta el conjunto de los sectores (informales y formales), la tasa de actividad promedio entre los pobres era de 54,9% en 1999 y de 55,6% en 2005. El aumento de esta tasa es leve durante el período considerado. La tasa de actividad de los *no pobres* era de 63,3% en 1999 y se situaba en un 65% en el 2003, o sea un aumento más importante que la misma variación calculada para los pobres. Dentro de las ciudades la brecha llega a alcanzar 11,6 puntos en el 2005 (52 y 63,6).

Resulta *a priori* sorprendente que la *tasa de actividad* de los pobres sea inferior a la de los *no pobres*, en la medida en que el nivel de ingresos de los pobres, siendo inferior por razones de estricta supervivencia, nos tendría que dar la posibilidad de observar una correlación contraria. Entre los múltiples factores que se movilizan para explicar esta paradoja, uno de ellos se destaca aparentemente por su influencia: la tasa de fecundidad de las mujeres. Ésta es generalmente superior en las familias pobres, haciendo difícil el cuidado de los recién nacidos, sobre todo en las ciudades donde las redes de solidaridad están más debilitadas que en el

12. Véase al respecto el primer capítulo de nuestro libro *Le défi des inégalités* (2006).

campo y donde no existe un *real* sistema de guarderías. Otro argumento a veces escuchado establece una correlación entre esta baja tasa de actividad y las transferencias sociales que benefician a los pobres. Esta última explicación no es seria ya que, primero, el bajo nivel de la tasa de actividad también se registra en casos que desconocen las transferencias sociales y que, por otro lado, esa explicación se puede desmentir llevando a cabo análisis más finos.

Según S. Rocha, *la tasa media de desempleo*, definida según los criterios del BIT, era de 18,2% en 1999 y de 20,1% en el 2005. Paradójicamente, esa tasa era inferior para los *no pobres*: 6,6% en el 1999 y 6,3% en el 2005. En la medida en que no reciben subsidios por desempleo, resulta sorprendente que ostenten una tasa de desempleo superior a la de los *no pobres*. Al analizar la distribución de los pobres y de los desempleados pobres según el grado de escolaridad y confrontarla con los datos empíricos, resulta posible encontrar una explicación a esta paradoja.

CUADRO 1
Distribución de los pobres según el grado de escolaridad en %

Indicador	Año	Menos de 4 años	De 4 a 7 años	De 8 a 10 años	11 años	Más de 11 años
Distribución por edad	1999	25,1	41,3	20,9	11,1	1,7
	2005	15,9	35	26,6	20,5	2,1
Tasa de desempleo	1999	10,2	20,7	30,4	33,6	40,2
		10	19,3	29,8	32,2	37,2

Fuente: S. Rocha (p.13, 2007) a partir de los datos del IBGE y del PND (No se toma en cuenta el Norte rural)

Los pobres que exhiben un grado de escolaridad inferior a 4 años son mucho menos numerosos en el 2005 que en el 1999 (25,1 contra 15,9). Ello concierne muy probablemente a las categorías más pobres. Su tasa de desempleo es baja. Está situada alrededor del 10%; 41,3% de los pobres tienen una escolaridad de 4 a 7 años en 1999. Son menos numerosos que en el 2005 (35%). La tasa de desempleo es más importante y desciende poco entre esas dos fechas. Esta tasa de desempleo es sin embargo menos importante que el peso de los pobres dentro de esa categoría. De ello podemos deducir que cuando la formación tiene poca importancia (de 0 a 7 años), la tasa de desempleo es relativamente baja: el apremio del trabajo para sobrevivir se hace más fuerte e interviene sobre todo en los empleos informales. Los pobres son quienes reciben la mayor parte de las transferencias sociales y es precisamente entre ellos que la tasa de desempleo es más baja.

La ruptura aparece con los pobres que tienen más de 8 años de escolaridad: 20,9 % de los pobres tienen entre 8 y 10 años de escolaridad, un porcentaje que aumenta de forma sensible en el 2005. En esa categoría de pobres, así como en las

siguientes, la tasa de desempleo es más importante que su participación en la pobreza total. En el 2005, 29,8% estaban desempleados. El desempleo aumenta con la escolaridad.

La tasa de desempleo es baja para las categorías pobres menos escolarizadas y crece a medida que la escolaridad aumenta. Los más pobres buscan actividades sobre todo de supervivencia- generalmente dentro del sector informal. La ausencia de sistemas de protección para los pobres menos instruidos y las exigencias de la supervivencia explican esos niveles bajos de desempleo. En cambio, los menos pobres dentro de los pobres ostentan una tasa de desempleo muy elevada. A la inversa de lo que se puede observar en los países desarrollados, la tasa de desempleo de las categorías menos instruidas es más débil y aumenta con el nivel de instrucción.¹³ Si existe pobreza en ese caso, ello se debe a que las remuneraciones son bajas y que predominan el trabajo temporal y la precariedad. Una explicación de esta tasa de desempleo superior yace probablemente en la posibilidad de encontrar un empleo mejor retribuido, teniendo en cuenta el grado de calificación alcanzado y, como consecuencia, en la negación de aceptar un empleo estigmatizado como inferior.

En los años 2000 la escolaridad aumenta sensiblemente, como lo hemos podido observar a partir de los datos expuestos más arriba. La oferta de trabajo no calificada (0 a 7 años de escolaridad), baja fuertemente en porcentaje, pero la demanda de trabajo no calificada por parte de las empresas no baja al mismo ritmo. De lo anterior resulta un alza relativa de los ingresos de esta categoría de trabajadores. Según los datos de la PNAD, utilizados por Neri y otros (op. cit., p.23), los ingresos del trabajo crecen en los cinco primeros deciles dos veces más rápidamente que en los cuatro deciles siguientes y tres veces más que en el último decil del 2001 al 2006. Ahora bien, es en estos cinco primeros grupos que encontramos más trabajo no calificado, sea éste de tipo formal o informal, mientras que en los grupos siguientes, encontramos la mayor cantidad de trabajo calificado y de empleos formales.

Los progresos en la enseñanza abren la vía para una calificación del trabajo cada vez más importante. Sin embargo, siendo diferente el ritmo de crecimiento de la demanda de trabajo calificado, intervienen a su vez varios mecanismos de descalificación, todos facilitados por el auge de la precariedad del trabajo, la “tercerización” de numerosos puestos de trabajo (i.e. el trabajador asalariado al ser indirectamente su propio “patrón” se encuentra de esa forma más expuesto a los riesgos ligados a la coyuntura), el desarrollo del trabajo temporal y, por último, la inadaptación de la formación profesional a las demandas de los empresarios

13. Ya habíamos notado esa paradoja en Destremau y Salama (2001).

B. Una inserción internacional poco favorable a los pobres a mediano plazo

Desde el inicio de los años 2000, Brasil se encuentra en una situación particular y original que comparte con la mayoría de las economías latinoamericanas, a excepción de la Argentina. El promedio de la tasa de crecimiento sigue siendo baja. El funcionamiento del mercado de trabajo se traduce en menos desigualdades y más beneficios para los más pobres. Esto es un aspecto positivo.

De manera general, la oferta de trabajo depende en un momento determinado de la tasa de actividad y de la tasa de fecundidad anterior (con un atraso de quince años). Desde hace aproximadamente ese lapso, la fecundidad disminuyó y sus efectos comienzan a manifestarse en el mercado de trabajo. De forma más precisa, la oferta de trabajo calificada, depende de un factor suplementario: la política educativa del estado. Por otra parte, la demanda de trabajo depende de la tasa de crecimiento y, a nivel más microscópico, la demanda de trabajo calificado depende del régimen de crecimiento: si éste último favorece el auge de la producción de bienes relativamente sofisticados, la demanda privilegiará el trabajo calificado en detrimento del trabajo no calificado. Si la producción de bienes de media o baja tecnología resulta privilegiada, como parece ser el caso salvo excepciones, la demanda de trabajo no calificada mantendrá un nivel alto y su tasa de crecimiento podría incluso rebasar al de la demanda de trabajo calificado. Esta situación podría favorecer a los trabajadores no calificados y ser relativamente desfavorable para los trabajadores calificados. Sin embargo al mismo tiempo, con la oferta de trabajo aumentando más rápido que la demanda del trabajo no calificado, muchos trabajadores ocuparán puestos de trabajo que no corresponden a sus calificaciones específicas. Basta con que la tasa de crecimiento aumente, para que la demanda de trabajo calificada aumente en número, cuando no en una proporción relativa a la demanda total. La oferta de trabajo calificado, aunque creciente, puede entonces resultar insuficiente a esta demanda si, por otro lado, el gasto público en educación no crece en forma significativa. Habrá una inversión en la evolución, favorable a los trabajadores peor remunerados (y por lo tanto a los pobres) y el diferencial de ingresos entre trabajadores no calificados y los que lo son aumentará. La evolución favorable a los pobres del mercado de trabajo es por lo tanto frágil, si es que los gastos en educación no aumentan en forma sensible.

No obstante, para que la tasa de crecimiento aumente en el largo plazo, varias condiciones se vuelven imprescindibles. El régimen de crecimiento acusa un predominio de la actividad financiera y no privilegia la inversión productiva, al contrario de lo que podemos observar en los países asiáticos. El promedio de la tasa de crecimiento es por lo tanto débil. Por otro lado, la inserción en la economía internacional se hace al mismo ritmo que el crecimiento de las exportaciones mundiales, al punto que, si tomamos el conjunto de esas economías, con excepción de México, están más abiertas que en el pasado. Esto aparece cuando consideramos

su grado de apertura (exportaciones + importaciones dividido por el PIB)¹⁴ aunque, por otra parte, no estén más abiertas que el promedio mundial. Una cifra puede ilustrar esta propuesta: siguiendo una tendencia ligeramente alcista, la participación de las exportaciones brasileras gira alrededor del 1% de las exportaciones mundiales desde hace varios años, mientras que la de China evaluada en 3.9% en el 2000, alcanzaba 7,4% en el 2005 (carta IEDI, 2006). Esta participación modesta de las economías latinoamericanas en el comercio mundial, se explica por la composición de sus exportaciones. La participación de las exportaciones de productos primarios se duplica, gracias al volumen y al valor de las mismas por causa de la fuerte demanda mundial (asiática). La composición de las exportaciones contiene pocos productos sofisticados, aunque éstos son precisamente aquéllos cuyo nivel de crecimiento es el más elevado (para una profundización de esas cuestiones véase Lall, 2005; Palma, 2006b y Salama, 2006; IEDI, 2007).¹⁵

Aún siendo un fenómeno real, la fuerte tendencia hacia la modernización sigue acusando insuficiencias con respecto a la estructuración y la evolución del comercio internacional, teniendo ésta última cada vez más como centro la compra-venta de productos de alta tecnología (Kliass y Salama, 2007). América latina acrecienta su atraso *vis à vis*, en relación a los dragones asiáticos como Corea del Sur. De esta manera, se perfila, en un porvenir no muy lejano, el escenario de una incapacidad en poder competir con China e India.

Al fin y al cabo, una tasa de crecimiento más elevada y duradera, acompañada de un esfuerzo sostenido en los gastos de educación es la vía obligada para reducir de forma significativa la pobreza. Sin embargo, para poder encarrilarse en esa vía es preciso que las relaciones de las finanzas con el estado y la industria sean diferentes y que, por otro lado, sea posible modificar en profundidad la estructura de las exportaciones, orientándola hacia productos sofisticados y más demandados. La salida del túnel de la pobreza, cuyas luces se dejan ya entrever en algunos países, aún permanece alejada. El desarrollo de las transferencias sociales disminuye

14. De un 11,7% en 1990 en la tasa de apertura de Brasil pasa así al 26,9% en el 2004 (carta IEDI, 2006).

15. Las exportaciones con contenido tecnológico elevado se caracterizan por una elevada elasticidad de la demanda con respecto al ingreso a nivel mundial. Por esta razón son capaces de desatar importantes efectos de arrastre en las ramas industriales, salvo si se trata de maquiladoras como en México. Por lo mismo, participan en la reestructuración del aparato industrial. La dificultad en favorecer el auge de las exportaciones con contenido tecnológico elevado, caracteriza los modos de crecimiento de tipo *pato cojo* (Palma, 2006b). Los efectos sobre el crecimiento del auge de esas exportaciones son por lo tanto leves, siendo la relación entre el grado de apertura y el fuerte crecimiento poco verificada o inexistente. En la medida en que la participación de las exportaciones de productos manufacturados de tecnología media o alta no es importante en Brasil podemos considerar que su régimen de crecimiento se acerca más al *vuelo de los patos cojos* que al de *las ocas salvajes*.

la pobreza y alivia las dificultades de los más desprotegidos. Si esas transferencias son necesarias y éticamente indispensables, no representan bajo ninguna forma una solución para suprimir la pobreza absoluta, un fenómeno que se sigue manteniendo a niveles muy altos (a pesar de las bajas sensibles registradas en algunos países). Por último, aunque se obtuviese una reducción sensible de la pobreza absoluta, esto no debería acompañarse de un aumento de la pobreza relativa como consecuencia de las desigualdades, ya que ello dinamitaría la cohesión social al profundizar la zanja existente entre la ciudadanía social y la ciudadanía política.

Bibliografía

- Bonelli, R. (2006): "De volta para o futuro. Continuidade e mudança no Brasil dos anos 40 ao presente", Forum Nacional, *Estudos e pesquisa* n° 164, San Pablo.
- Bourguignon, F. (2004): "The Poverty Growth Inequality Triangle", *Documento*, Banco Mundial, Washington.
- CEPAL, IPEA, PNUD (2003): *Hacia el objetivo del milenio de reducir la pobreza en América Latina y el Caribe*, Santiago de Chile.
- (2004, 2006): *Panorama social de la América latina*, Santiago de Chile..
- (2005): *The Millennium Development Goals: a Latin American and caribbean Perspective*. Santiago de Chile.
- Chaudhuri, S. y Ravallion, M. (2007): "Partially Awakened Giants: Uneven Growth in China and India", *Documento* WPS4069, Banco Mundial, Washington.
- Destremau, B. y Salama, P. (2001): "Brésil: de nouvelles causes au maintien de la pauvreté ?", *Tiers Monde*, n° 167.
- (2002): *Mesures et démesure de la pauvreté*. Presses Universitaires de France, Paris.
- Edwards, P. (2006): "Examining Inequality : Who Really Benefits from Global Growth", *World Development*; vol .34, n°10 Londres.
- IEDI (2006): "Crescimento e exportação" *Carta IEDI*, n° 204, Brasilia.
- (2007): "Desindustrialização e os dilemas do crescimento economico recente", Brasilia.
- Hicks, N. y Wodon, Q. (2001): "Protección social para los pobres en América Latina" *Revista de la Cepal*, n° 73, Santiago de Chile.
- Jomo, K. S. (2006): "Growth with Equity in East Asia", *DESA Working papers* n°33, ONU, Nueva York.
- Kakwani Khandker, S. y Son, H. (2004): "Pro-Poor Growth: concepts and Measurements with Country Case Studies", *Documento*, UNDP, Washington.
- Kliass, P. y Salama, P. (2007): "La globalisation au Brésil: responsable ou bouc émissaire?", *Revista Lusotopie*, Paris.
- Neri, C. et al (2007): "Miséria, desigualdade e políticas de rendas: o Real de Lula", mimeo, Fundação Getulio Vargas, Río de Janeiro.

- Lall, S. (2005): "Rethinking industrial strategy: the role of the State in the face of globalization", K., Gallagher *Putting development first*, Zed Books, Londres.
- Lautier, B. Marques Pererira y Salama, P. (2004): "Régimes de croissance, vulnérabilité financière et protection sociale en Amérique latine, les conditions macro de l'efficacité de la lutte contre la pauvreté", Cepal, *Serie financiamiento del desarrollo* n° 140 Santiago de Chile.
- López-Calva, L. (2004): "Macroeconomía y pobreza: lecciones desde Latinoamérica", *Documento*, Cepal, Santiago de Chile.
- Lozano, C. y otros (2007): *Crecimiento y distribución: nota sobre el recorrido 2004-2007*. Instituto de estudios y formación CTA, Buenos Aires.
- Lustig, N. (1989): "La desigualdad en México. Economía de América Latina: las dimensiones sociales de la crisis", *CET* n° 18/19 México.
- Núñez Espinosa, S. (2005): "Determinantes de la pobreza y la vulnerabilidad" Misión para el diseño de una estrategia para la reducción de la pobreza y la desigualdad, *Documento*, Bogotá.
- OCDE (2006): *Economic Survey: Brazil*, París.
- Paes de Barros, R. y Mendonça, R. (1997): "O impacto do crescimento economico e de reduções no grau de desigualdade sobre a pobreza", *Texto para la discusión* n° 528, IPEA, Río de Janeiro.
- y otros (2000): "Poverty, Inequality and Macroeconomic Instability", *Texto para la discusión* n° 750 IPEA, Río de Janeiro.
- Palma, G. (2006): "Globalizing Inequality : Centrifugal and centripetal Forces at Work". DESA *Documento* n°35, ONU, Nueva York.
- (2006b): "Stratégies actives et stratégies passives d'exportation en Amérique Latine et en Asie Orientale", revista *Tiers Monde* n° 186 París.
- Rocha, S. (2007): "Pobreza : evoluçao recente e as « portas de saida » para os pobres " mimeo, Forum Nacional, Río de Janeiro.
- Ros, J. (2004): "El crecimiento económico en México y Centroamérica: desempeño y perspectivas". *Serie estudios y perspectivas* n° 18 Cepal, Santiago de Chile.
- Salama, P. (2006): *Le défi des inégalités, Amérique latine/Asie, une comparaison économique*. La Découverte, París.
- Wade, R. (2002): "Globalization, Poverty and Income Distribution: Does the Liberal Argument Hold", *Development Studies Institute LSE* n°02-33, Documentos, Londres.
- Banco Mundial (2006): *An East Asian renaissance : Ideas for Economic Growth*, Washington.
- Zettelmeyer, J. (2006): "Growth and reforms in Latin America: a Survey of Facts and Arguments", *Documento* WP/06/210, FMI, Washington.

RUSEMEN

Este artículo analiza la problemática de la pobreza en América Latina desde una perspectiva comparada, que pone en evidencia la dificultad de la región para reducir drásticamente la magnitud y profundidad de este fenómeno.

La primera parte examina los factores claves que explican la evolución de la pobreza: los niveles y fluctuaciones de la desigualdad y la tasa de crecimiento del producto bruto. Aquí se discute la asociación lineal entre crecimiento y pobreza, y la noción de que el crecimiento es regular y neutro desde el punto de vista de la distribución de los ingresos, afirmando que es necesario incorporar otros elementos de análisis para relacionar crecimiento y pobreza, por ejemplo la volatilidad del crecimiento.

Esto introduce el eje de la segunda parte del artículo, que analiza el impacto del régimen de crecimiento en la evolución de la pobreza. Desde el cambio de milenio el modo de crecimiento de América Latina favorece la reducción de la pobreza, pero conlleva una inserción problemática en la división internacional del trabajo, que a mediano plazo es poco favorable a los pobres. Este aspecto diferencia a la región latinoamericana de los países asiáticos, que en los últimos años lograron buenas tasas de crecimiento y también mejores resultados en la disminución de la pobreza.

ABSTRACT

This article analyzes the problem of poverty in Latin America from a comparative perspective, revealing a clear difficulty to reduce significantly the magnitude and deepness of this phenomenon.

The first part refers to the key factors explaining poverty dynamics: the levels and changes in inequality and the growth rate of GDP. A linear association between growth and poverty is discussed here, as well as the notion that growth is neutral from the point of view of income distribution, sustaining the need to incorporate additional elements of analysis to relate growth and poverty, e.g. the growth volatility.

The second part refers to the impact of the growth regime on the evolution of poverty. This section states that since the beginning of the millennium the Latin America growth regime has been favouring poverty reduction, but this kind of growth entails a problematic insertion into the global distribution of work, which in the middle run is unfavorable to the poor. This stands out as a difference between Latin America and Asian countries that, in the recent period, obtained better results regarding poverty reduction.